

El nacimiento del “mundo libre”: la interpretación historiográfica sobre los orígenes de Estados Unidos durante la Guerra Fría

Roberto Pastor Cristóbal

Universidad de La Rioja

El futuro es seguro, solo el pasado es impredecible.

Chiste soviético

Es un lugar común creer que los estadounidenses conceden mucha importancia a sus orígenes como nación, con su mitología incluida. El puritanismo con su énfasis en los valores, los Padres Fundadores y su papel de guías o la veneración por una Constitución, clave para entender el sistema político norteamericano, son solo algunos ejemplos. En este sentido, la Historia, en todos los niveles y no solo el académico, no ha permanecido ajena al presente de EE.UU., o por lo menos así ha sido hasta hace pocas décadas. Así, si por una lado a inicios de los 60 el Presidente Kennedy decía: “Las mismas creencias revolucionarias por las que luchaban nuestros antepasados siguen estando vigentes en todo el mundo –la creencia en que los derechos humanos no proceden de la generosidad del Estado sino de la mano de Dios” (Aranzadi, 2001, p.171); por otro lado más recientemente ha existido un lamento no solo por el menor interés en la génesis nacional sino también por la pérdida de peso de los historiadores (Wood, 1998, p. 160; Bender, 1986, p. 120). Si comparamos los dos momentos vemos un cambio, lo que demuestra una mutación en la percepción sobre los inicios nacionales.

La transformación en la reflexión sobre el pasado puede ser interpretada a partir de muchas causas. Los Estados Unidos de 1962 no son los mismos que los de 1992. A lo largo de todos esos años ha habido multitud de acontecimientos que han determinado el devenir de la sociedad norteamericana. Uno de ellos, fundamental, ha sido la Guerra Fría. Precisamente, el planteamiento de este trabajo es introducir la posibilidad de que los cambios sociales e ideológicos, producto de la Guerra Fría, pueden ser el factor explicativo del cambio: el de la interpretación y reflexión sobre los períodos colonial y revolucionario estadounidenses.

En primer lugar, habría que plantear cuáles son las dimensiones de la Guerra Fría. Es decir, no plantearla sólo como un conflicto militar y diplomático sino también su poder como discurso sociocultural. En segundo lugar, se hace preciso abordar el uso del pasado para justificar la superioridad estadounidense frente al mundo comunista.¹ En tercer lugar, los cambios habidos en los años 60 permiten superar el paradigma anterior, surgiendo discursos superadores o incluso contrarios la autocomplacencia sobre EE.UU. y su pasado. Por último, la consolidación de los discursos alternativos, anteriormente citados, se produce en un momento de crisis nacional (Vietnam, Watergate...) y de enfrentamiento cultural, todo en pleno Bicentenario, de lo que va a surgir una nueva ola conservadora que vuelve al pasado para encontrar la fortaleza que Estados Unidos necesita para unirse y defender su lugar en el mundo.

¹ O lo que se ha venido a llamar como el discurso del consenso.

1. Guerra fría: ideología e historia

Lo primero que hay que decir es que la Guerra fría (1948-1991) debe ser explicada como un conflicto multidimensional, lo que implica varios niveles de análisis para el historiador. No fue hasta mediados de los años 60, con los inicios de la distensión tras el peligroso precipicio cubano, cuando los estudiosos del tema pudieron empezar a valorar la cuestión más sosegadamente, llegando precisamente a la conclusión de que el conflicto se había y se manifestaba de muchas maneras (Pereira, 1989, pp. 33-35).² Con lo cual el discurso de la Guerra Fría posee un afán totalizador que opera de muchas maneras: principios ideológicos, dominación o lucha contra la subversión interior (Rorabaugh, 2005, p. 52).

¿Cómo surge este discurso total? Sobre los orígenes de la Guerra Fría se ha debatido mucho pero no es únicamente el resultado de la posguerra y sus problemas sino que deberíamos retrotraernos a 1917 como catalizador, esta especie de prehistoria de la Guerra Fría es vital para explicarla (Judt, 2008, p. 366).³ Por ello, el papel rector en la creación del mencionado discurso corresponde a unas elites políticas y económicas que ven con temor el nuevo espíritu revolucionario surgido tras la Revolución rusa. Antes de que surja el paradigma de la contención exterior, tal y como lo expuso George Kennan en su famoso informe de 1947, hay otro tipo de contención: la del enemigo interno.

La Guerra Fría, siempre refiriéndonos a su discurso o retórica, se convierte en un instrumento de control social para mantener el *statu quo* social y económico (Fontana, 2011, pp. 92-96). Para ganar la “batalla interna”, en palabras del senador McCarthy (cit. en Palomares, 1999, p. 92), no solo hay que acabar con el enemigo interno sino convencer a la mayoría de la población sobre ello. A dicha sociedad se le demanda una implicación total en la lucha contra el comunismo y sus aliados pues estos son una amenaza al ser nacional, comunismo viene a ser lo mismo que antiamericanismo (Palomares, 1999, p. 90).

Debiendo elaborar un lenguaje para crear un consenso amplio, éste tenía que expresarse en todos los lugares y con portavoces tan dispares como un político o un ama de casa. Sin embargo, había un sector cuyo prestigio y poder de comunicación era esencial: lo intelectuales. ¿Cuál debería ser su papel?

En este sentido, es interesante la distinción que hace Noam Chomsky entre los intelectuales; dividiéndolos entre tecnócratas, al servicio del discurso oficial, y disidentes que elaboraban un contra discurso (1984, p. 99). Simplificando, va a ser ésta la fotografía que encontramos en los historiadores citados a lo largo del presente trabajo. Por un lado, estarán aquellos cuya obra refleja el discurso consensual y sus valores asociados. Por otro lado, estarán aquellos que por diferentes motivos no están satisfechos con el orden imperante y pretenden elaborar otra interpretación para explicar la realidad, siempre en una dialéctica pasado-presente. Mas lo que tiene que quedar claro es que no vamos a estar ante meras reflexiones académicas, o mejor dicho, dichas reflexiones no están aisladas del contexto que les rodea porque “la Guerra Fría politizó la reflexión social” (cit. en Appleby, Hunt y Jacobs, 1998, p. 258).⁴

Hemos hablado líneas arriba de los historiadores, ¿cuál fue el lugar de los historiadores y la Historia en todo esto? En primer lugar, la historiografía estadounidense tiene un alto contenido presentista: valor utilitario, lecciones morales, justificación, problemas del pasado reflejados en el presente son solo algunos ejemplos de los usos de la Historia en EE.UU. (Patterson, 1998, pp. 186-187). Y teniendo este factor en cuenta, entendemos el valor inherentemente político de la historiografía durante los años de la Guerra Fría. Por supuesto hay otros factores que explican los cambios en la ciencia histórica, además hay que ir más allá del mundo académico pues la reflexión sobre el pasado no es un monopolio de las elites universitarias, por ejemplo está muy presente en

² André Fontaine, por ejemplo, hablaba en su *Histoire de la Guerre Froide* (1965) de conflicto total (cit. en Pereira, 1989, pp. 35-36).

³ Sobre los problemas de la posguerra en EEUU, véase Donaldson, 1997, pp. 1-21.

⁴ Es ilustrativa la negativa de los científicos sociales, durante los años 40 y 50, a utilizar el concepto clases y conflicto entre ellas. Para ello, véase Patterson, 1993, 134.

los discursos políticos. Sin embargo, los procesos acontecidos en esas décadas son los que tienen un mayor peso para entender mejor los discursos sobre el pasado. Así y en líneas generales, va a ver dos visiones sobre la Historia de EE.UU. (cit. en Chafe, 1997, p. 160):

1. La Historia del consenso basada en el excepcionalismo como nación, lo que implica ver a Estados Unidos como una historia de progreso dirigida sabiamente por una élite blanca y sin apenas conflicto social (Fontana, 2011, p. 111).
2. Existen, por el contrario, un conjunto de paradigmas interpretativos que dejaron de ver a Norteamérica como una historia de éxito y protagonizada solo por unos pocos blancos adinerados. Estas corrientes son el resultado del desencanto con el relato tradicional (Appleby, Hunt y Jacobs, 1998, pp. 144-147).

Los orígenes de EE.UU. cobraron especial significado por dos razones. La primera es que la historiografía dedicada a los siglos XVII y XVIII es en la que se reflejan muy bien las transformaciones de la ciencia histórica. Por otro lado, los períodos colonial y sobre todo el revolucionario son vistos como el fundamento de la nación, el origen de los valores que forjaron al estadounidense (máxime cuando estamos en la época del Bicentenario). Por todo ello, tanto desde una visión como desde otra, durante la Guerra Fría parte de su discurso se centró en la fundación de la república estadounidense. Estamos a medio camino entre la memoria y la Historia como disciplina científica, la reflexión sobre el pasado es su denominador común. A continuación, vamos a hacer un repaso de las principales corrientes interpretativas a lo largo del período que va desde los años 40 hasta 1989, con la caída del Muro y el Bicentenario de la Constitución.

2. El paradigma consensual

En 1945 parecía que Estados Unidos estaba preparado para consolidar y llevar al mundo su tradicional relato de la Historia como progreso, su progreso. El final de la II Guerra Mundial había supuesto dos cosas. Por un lado, una victoria militar que les había otorgado el status de gran potencia. Por otro lado, la guerra había posibilitado un gran crecimiento económico, alejando así el mal sueño de la Gran Depresión. De hecho, posteriormente se ha querido ver a los años 40 y 50 como esa “gran barbacoa”, esa “edad de oro” que recuerda tiempos mejores. Mas ciertos trabajos han demostrado que en 1945 había más incertidumbres que certezas, lo que explicaría las huelgas en las fábricas, el *red scare* o la obsesión por cualquier tipo de disidencia. Así, Eric Hobsbawm escribió que para muchos occidentales la victoria contra el fascismo no garantizaba la sociedad liberal y capitalista debido al radicalismo del antifascismo, unos países arruinados cuando no destruidos y a la posibilidad de una crisis económica tras la guerra (1995, p. 234). De hecho, en EE.UU., durante la guerra, se habían producido numerosos cambios de actitudes y comportamientos sociales (Chafe, 1997, pp. 160-162). Además, la muerte de Roosevelt dejaba a la nación sin un líder fuerte conocido y ante las nuevas responsabilidades que ésta debía asumir tras la victoria; compartidas con una nación poco simpática a ojos de muchos estadounidenses como era la Unión Soviética. Un mundo percibido como más inseguro puede explicarnos por qué surgió el discurso de la Guerra Fría y el miedo al comunismo (Donaldson, 1997, pp. 44-53).

Las elites estadounidenses pretendían extender el ya existente consenso bipartidista en política exterior a otras esferas de la vida nacional. Para ello, se generó todo un discurso que tenía un elemento fundamental: la nación (Rorabaugh, 2005, p. 213). Mediante su instrumentalización se buscaba unir a todo el pueblo para luchar contra el enemigo, externo e interno. Se la ensalzaba porque Estados Unidos, como nación, encarnaba una serie de valores que había que defender y desde diferentes perspectivas se llevó a cabo la elaboración del citado discurso nacionalista. Como ejemplos tenemos el mundo de la política que condenaba como antipatriótica cualquier desviación (Palomares, 1999, p. 63). En el mundo de las ciencias sociales cobra especial importancia la sociología con el llamado funcionalismo, cuyo principal representante fue Talcott Parsons. Dicha corriente explicaba la sociedad norteamericana como una sociedad consensual en torno a un grupo de valores y símbolos, donde cada elemento social cumple su papel (Ross, 1998, p. 69; Bender, 1986, p. 124). Pero, ¿y la Historia? En este caso los estadounidenses miran a su pasado fundacional viendo cómo la genial visión de los Padres Fundadores creó una gran nación basada en valores

cristianos y democráticos; pues “Dios apartó una nación entera para enviar grano selecto a su yermo territorio” (cit. en Appleby, Hunt y Jacobs, 1998, p. 107).⁵

Precisamente por este hincapié en los valores americanos y en la búsqueda de su inmutabilidad en el tiempo es por lo que podemos explicar las raíces del discurso del consenso en la historiografía estadounidense de los años 40 y 50. Un relato en el que no sólo contaba el período revolucionario sino que adquirió especial interés la fase colonial porque el paso de colonia a nación era una lección de libertad y democracia al resto del mundo (Wood, 1998, p. 155).⁶ En cualquier caso, estamos ante una narrativa optimista en contraste con el relato menos autocomplaciente de los historiadores progresistas, que durante los años 20 y 30 habían explicado el surgimiento de EE.UU. como consecuencia de los intereses económicos de una serie de elites que distaba mucho de valores cristianos e ilustrados (Appleby, Hunt y Jacobs, 1998, pp. 134-135).⁷

A continuación vamos a mostrar algunos ejemplos de historiadores del período para citar algunas características que definían al consenso historiográfico:

- En 1955 Louis Hartz, que aunque no era historiador sí que tuvo mucho impacto historiográfico, publica *The liberal tradition in America* que fue algo así como la Biblia del pensamiento consensual pues ahondaba en todos los elementos fundamentales de su visión sobre el pasado que había forjado a Estados Unidos. Así, en su discurso destacan elementos como la singularidad nacional, hebraísmo (concepto de pueblo elegido), la revolución pragmática y las diferencias entre dicha revolución y las europeas (Hartz, 1994, pp. 20-80; cit. en Souroujon, 2011, pp. 16-19).
- El historiador Daniel Boorstin, en su *The genius of American Politics* (1958), habla del carácter antintelectual de la revolución, todo en unos años donde intelectual se asociaba a ideología y la palabra ideología era de raigambre marxista (cit. en Degler, 1997, p. 710). El moderantismo era la clave de todo, por eso en 1960 tuvo mucha repercusión el trabajo del politólogo Daniel Bell y su *The End of Ideology* (cit. en Chafe, 1997, p. 164).
- Mucha importancia tuvo Robert E. Brown y sus tesis, expresadas en *Middle-Class Democracy and the Revolution in Massachusetts, 1691-1781* (1955), por las cuales un consenso social había traído la democracia dando lugar a Estados Unidos como una historia de éxito (cit. en Murrin, 1984, pp. 411-412).

Vistos estos ejemplos, habría muchos más, existe un denominador común en todos ellos: el excepcionalismo. Estados Unidos como nación privilegiada y única. Por lo tanto, estamos siempre dentro de la esfera de una explicación nacionalista de la Historia. Desde luego es uno de los temas centrales que caracterizan a la historiografía estadounidense (Rodgers, 1998, p. 21). Sobre todo en lo que respecta a diferenciar Estados Unidos de Europa. Paradójicamente, el excepcionalismo norteamericano no es tan excepcional, valga la redundancia. De hecho sigue el modelo historiográfico alemán de explicar la Historia a través del nacimiento y desarrollo del Estado-Nación (Tyrrell, 1991, p. 1031).

⁵ La cita proviene originalmente de Perry Miller, importante historiador en el campo de la religión en la época colonial y, en concreto, de su obra *The New England Mind: From Colony to Province*, publicada en 1953.

⁶ La relevancia e irrelevancia del período colonial ha fluctuado según los tiempos, si en ocasiones se veía simplemente un conjunto de cuentos infantiles y mitos en otras se resaltaban los mitos como algo propio de la idiosincrasia norteamericana. Para ver una evolución de lo dicho anteriormente, véase Wood, 1998.

⁷ Sobre los historiadores progresistas, tales como Charles A. Beard o Arthur Schlesinger Sr., se ha debatido su criticismo con respecto a los mitos fundacionales. Es cierto que pertenecen a una ola de radicalismo político, sobre todo de los primeros años 30 y que incorporan términos marxistas como clases. Por el contrario, suelen ser bastante nacionalistas aunque apelando siempre a la renovación y a la reforma política (Highman, 1989, p. 462). De hecho, fueron fundamentales en el surgimiento de los *American Studies* que formaron uno de los pilares de la interpretación consensual pues buscaban aquellos aspectos que caracterizaron a lo largo del tiempo a la cultura norteamericana (Greene y Pole, 1984, p. 3).

Hay muchos elementos que conforman este modelo de explicación. Por ejemplo, está el fracaso del paradigma marxista y su énfasis en las leyes de la Historia, de las cuales EE.UU. se sustrae (Rodgers, 1998, p. 28).⁸ Otro elemento constitutivo es el concepto de Nuevo Mundo asociado al de un Nuevo Hombre, una nación de inmigrantes que empiezan de nuevo sin la corrupción de la vieja Europa (Rodgers, 1998, p. 27). Otro aspecto, para ver como Estados Unidos era único en muchos sentidos, es el factor religioso o la americanización del pluralismo de credos que se asentaron en las colonias. Las aportaciones de Perry Miller y posteriormente Sydney Mead son interesantes en este sentido.⁹

Para terminar se hace necesario realizar un apunte. Dentro de este panorama tan homogéneo sí hubo autores, no precisamente historiadores, que utilizaron el pasado con una función de protesta. Precisamente contra este discurso consensual, del miedo al diferente y de limitación de las libertades por parte de políticos como el senador McCarthy. Un ejemplo lo tendríamos en *Las brujas de Salem* de Arthur Miller (estrenada en 1953) y que a través de una obra de teatro (aunque documentada en archivos sobre el período de la caza de brujas) se produce una dialéctica pasado-presente entre la intolerancia en 1692 y la intolerancia de la América del *red scare* (Pacheco, 2005, p. 75).¹⁰ Estos tímidos comienzos en la disidencia van a ser un preludio de lo que ocurrirá a continuación: el cambio de los años 60.

3. Los nuevos caminos y la ruptura del consenso en los 60

Los años 60 supusieron, desde diversos puntos de vista, un punto de inflexión en la evolución de la sociedad estadounidense. Una época de cambio, en claro contraste con los años 40 y 50. En palabras de W. J. Rorabaugh: “La prosperidad presentaba tentadoras oportunidades para construir nuevos proyectos, erradicar las injusticias o rehacer la cultura y la sociedad norteamericanas” (cit. en 2005, p. 13). Para empezar, es donde podemos situar el comienzo de la ruptura del consenso en el discurso sobre la Guerra Fría, con dos momentos diferenciados. Por un lado, hay un cansancio con respecto al viejo orden. Las nuevas generaciones desean una modernización y superación de la retórica de sus padres (Palomares, 1999, pp. 75-77). El Presidente J. F. Kennedy simbolizó a esa nueva generación, con sus ambiciones e idealismo y también con sus contradicciones que muestran los límites de las oportunidades y el poder todavía inmenso en las mentalidades del mundo bipolar (Palomares, 1999, pp. 78-82). Por otro lado, del inicial optimismo pasamos, a finales de la década, a un desencanto cada vez mayor con el orden establecido. Las esperanzas se ven frustradas, con el fracaso de la *Gran Sociedad* y el trauma de Vietnam, llevando a muchos al desencanto.¹¹ Se produce un conflicto con la tradición (Rorabaugh, 2005, pp. 15-16). El nuevo radicalismo, si bien no tiene suficiente fuerza política, sí la tiene en el plano cultural, lo que significó acabar con la unanimidad consensual (Hobsbawm, 1995, p. 288). Además, está la cuestión de los Derechos Civiles. Todos aquellos grupos sociales que se habían sentido marginados hasta entonces (afroamericanos, mujeres, ancianos, discapacitados...) empezaron a exigir derechos que se les habían negado (Patterson, 1993, p. 260). Pero no solo fue eso sino que también buscaron crear un nuevo discurso, el suyo, porque hasta entonces nadie parecía incluirlos en la narración sobre la nación estadounidense.

Como hemos visto hay dos momentos y cada uno de ellos va a generar su propio relato de lo que es Estados Unidos. La Guerra Fría va a ser siempre su horizonte, ya sea para crear un nuevo discurso a su favor o para crear otro totalmente en contra. Por lo tanto, en primer lugar estarían

⁸ En la misma referencia hay una cita bien ilustrativa de lo dicho: “*Without a feudal past, the inner dialectical engine of history had no purchase. No Robespierre, no de Maistre, no Marx, no Goebbels, No Stalin, only (in the shorthand Hartz affected) an eternal Locke*” (Rodgers, 1998, p. 29).

⁹ Sobre la americanización y las aportaciones de los autores citados al respecto, véase Hall, 1984, pp. 318-322.

¹⁰ La edición utilizada en este trabajo es Miller, 1997.

¹¹ *La Gran Sociedad*, así como la *guerra contra la pobreza*, fueron los dos grandes proyectos sociales llevados a cabo durante la década y dirigidos por el presidente Lyndon B. Johnson (1964-1969). Fracasaron, puesto que los fondos destinados a proyectos sociales hubieron de desviarse al cada vez más empantanado conflicto de Vietnam.

aquellos que quieren elaborar una nueva imagen positiva de la lucha por los valores americanos. Es la *Nueva Frontera* de la que habla del Presidente Kennedy, el énfasis en la democracia y las oportunidades que ésta ofrece (Palomares, 1999, pp. 94-95). Otro ejemplo es la Teoría de la modernización, expuesta en 1960 por W. W. Rostow en *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, que pone a Estados Unidos como modelo a seguir para el progreso y sin tener que recurrir a las doctrinas marxistas (cit. en Henretta, 1984, p. 265; cit. en Appleby, Hunt y Jacobs, 1998, pp. 87-91). En segundo lugar, encontramos a los que quieren romper totalmente con la narración oficial y elaborar una nueva. Para ellos, el discurso de la Guerra Fría es falso porque impide los cambios que el país necesita y porque da una imagen falsa de él. Abogan porque las nuevas generaciones, tengamos en cuenta que es un movimiento esencialmente universitario, estudien a EE.UU. como lo que son: una sociedad compleja, conflictiva y donde existe un gran déficit de libertades y respeto a las minorías.¹² Lo que se plantea aquí, por lo tanto, es una contracultura (Chafe, 1997, pp. 166-168).

El concepto nueva generación también puede aplicarse a los historiadores de la época. Eran descendientes de inmigrantes o de miembros de la clase trabajadora (Degler, 1997, pp. 711-712) cuya visión sobre la Historia de Estados Unidos era muy diferente de la tradicional, para lamento del patriciado de la Costa Este que había monopolizado la escritura del pasado desde los tiempos de la Revolución (Rorabaugh, 2005, p. 177). Muchos de estos historiadores, como Bernard Bailyn (descendiente de judíos), buscan las raíces de la teoría política que sustenta el sistema político nacional.¹³ Progresivamente, con precedentes, van cambiando el discurso del consenso por el que ellos denominan republicanism, heredero de los principios de la Revolución Inglesa y no de la genialidad ideológica de los Padres Fundadores (como antes se decía).¹⁴ Una cuestión interesante, que antes habíamos mencionado con respecto al discurso kennediano, es la de la continuidad con respecto al paradigma del consenso.¹⁵ El republicanism o la interpretación *neowhig* es ambigua. Hay elementos que los diferencian de los historiadores del consenso. Por ejemplo, la Revolución americana considerada como un movimiento intelectual (Wood, 1966, p. 3) y el carácter transformador, o sea revolucionario, de la independencia (Bailyn, 1962, pp. 350-351). Por el contrario, el vocabulario de estos historiadores recurre a viejos conocidos, con conceptos como homogeneidad, virtud, derechos, comunidad e intereses compartidos (Lutz, 1977, pp. 117-121). Dichos conceptos hablan de una revolución en las ideas y por tanto no social. No hay conflicto, lo que los conecta con el consenso y su “Revolución como proceso natural y no traumático”. La Revolución es moral (principios) y nacional (consensuada).¹⁶

Sin embargo, muchos de estos nuevos historiadores no sólo querían superar la explicación sobre los orígenes de los Estados Unidos sino que estaban dispuestos a elaborar algo completamente diferente, un contra discurso. Su principal característica: dotar de voz a aquellos que no la habían tenido (Rorabaugh, 2005, p. 82). Además del cambio generacional se producen otra serie de cambios, como la incorporación de los paradigmas europeos, el marxismo, la antropología simbólica o el feminismo (Potter, 1984, pp. 123-127). Es la Nueva Izquierda, cuya labor historiográfica lleva un mensaje político asociado. Una de sus aportaciones más rompedoras fue el rechazo al excepcionalismo nacional, tras Vietnam el cuento feliz había llegado a su fin (Wood, 1998, pp. 156-158). Los orígenes de EE.UU. tenían ahora un tono diferente. Así, por ejemplo, en

¹² El nuevo radicalismo y sus corrientes se empezaron a denominar como Nueva Izquierda ya que sus presupuestos libertarios y anti-Estado contrastaron con la instrumentalización del Estado por parte de la vieja izquierda. El término Nueva Izquierda fue introducido por C. Wright Mills, en 1960, en su famosa *Letter to the New Left*. Por otro lado, ya se ha destacado la importancia del mundo universitario, muchos estudiantes rebeldes se unieron en la *Students for a Democratic Society*, cuyo manifiesto fundacional, *The Port Huron Statement* (1962), expuso muchas de sus reivindicaciones y planteamientos sobre Estados Unidos, haciendo especial hincapié en la Guerra Fría.

¹³ Véase Bailyn, 1972.

¹⁴ Sobre el republicanism y su evolución, véase Souroujon, 2011.

¹⁵ Gordon S. Wood, uno de los principales representantes de la corriente *neowhig*, reconoció los lazos que le ligan a la tradición historiográfica de los 50 (Wood, 1966, p. 4) y también ha sido un apunte de los críticos a esta corriente, tales como los neoprogresistas (Egnal y Ernst, 1972, pp. 7-8).

¹⁶ Sobre el republicanism y sus principales líneas discursivas, véase Shalpole, 1972.

lugar de la elite se hace una inclusión de todos los protagonistas en base a clasificaciones tales como raza, etnia o género (Kessler-Harris, 1997, p. 233). Algunos planteamientos, ilustrativos, sobre el pasado colonial y revolucionario pueden ser los siguientes. En primer lugar, la Revolución como crisis de la deferencia y el *status quo*. Un cambio en las mentalidades, similar al de los 60: la pérdida de respeto por la tradición y la elaboración de un nuevo discurso (Kerber, 1997, p. 39). En segundo lugar, los Derechos Civiles reabrieron el debate sobre la esclavitud, considerada como la raíz del problema racial (Degler, 1997, pp. 714-717). En tercer lugar, tenemos el hecho religioso y su poder transformación con la radicalización del mensaje durante el Gran Despertar (Hall, 1984, pp. 327-334). Una radicalización que pudo contribuir al pensamiento revolucionario unos años después y que muestra cómo las gentes comunes tuvieron su participación discursiva en la independencia. En conjunto, tenemos una serie de nuevas perspectivas sobre el pasado norteamericano que cambiaron el paisaje de la investigación e hicieron avanzar a ésta.

4. Más allá del bicentenario

En 1976 se producen los fastos que conmemoraban los doscientos años de independencia de EE.UU. Podríamos decir que dichas celebraciones acabaron en 1989 con otra celebración, la de la Constitución, sólido pilar del sistema político estadounidense. Todo coincidiendo con el principio del fin del bloque comunista y por ende de la Guerra Fría. En este período hay dos momentos diferenciados. Los años 70 son una época de tensión (Patterson, 2006, p. 16) y de lucha cultural entre el viejo orden discursivo y los nuevos radicalismos herederos de los conflictivos 60 (Chafe, 1997, pp. 169-170). Richard Nixon, por ejemplo, fue el resultado de unas clases medias asustadas por las manifestaciones y los desórdenes. Su caída, en 1974, llevó a muchos a pensar si había mucho que celebrar en el Bicentenario, máxime cuando las presidencias de Gerald Ford y Jimmy Carter parecían meros paréntesis en una década que parecía perdida. En este contexto es donde hay que entender el surgimiento de la figura de Ronald Reagan y el segundo período, los 80, cuya influencia llegó más allá de 1989. Por un lado, se produjo la quiebra en la autoconfianza progresista del liberalismo estadounidense, es la pérdida de una ilusión (Judt, 2008, p. 70). El discurso neoconservador recoge el guante de esta pérdida del sentido de la oportunidad y ofrecen la suya propia: la recuperación de los valores tradicionales y la reafirmación de EEUU dentro y fuera de sus fronteras (Roca, 2009, pp. 35-38).

Para 1976 podemos considerar como consolidadas el conjunto de interpretaciones, sobre los orígenes de EE.UU., surgidas en los 60; básicamente el republicanismo y las llamadas “nuevas historias” surgidas al calor de la Nueva Izquierda. En ambos casos y tal como hemos visto en el punto anterior son un producto de la evolución de la sociedad en la década anterior y de hecho su evolución sigue estando marcada por todos los cambios que acontecen a los estadounidenses. Sin embargo, su consolidación académica y la proliferación de numerosas investigaciones hizo que cada vez estuvieran más alejadas del conflicto discursivo de la Guerra Fría, tengamos en cuenta que hasta finales de los 70 se vivió una época de distensión con la Unión Soviética y ello facilitó el citado distanciamiento dentro del campo intelectual (Pereira, 1989, p. 39). Una muestra de esa menor beligerancia o finalidad política es que ambos paradigmas no son excluyentes. Se escriben obras que condensan, de manera ecléctica, todas las aportaciones realizadas hasta entonces.¹⁷ Un buen ejemplo es la evolución de la obra de Bernard Bailyn, uno de los grandes referentes del paradigma *neowhig*. En su *The Peopling of British North America* (1988) recorre aspectos más propios de la historia social y demográfica, comenta que las aportaciones de la historiografía reciente europea y norteamericana han tenido mucha influencia en la elaboración del citado trabajo.¹⁸ Otro ejemplo, en parte también conectado con el autor anterior, sería el de la evolución del atlantismo. Corriente política surgida en la posguerra y consolidada en los años 50 pero que desde los 70 ha tenido una evolución más académica y donde la historia social y cultural ha tenido mucho que decir.¹⁹

¹⁷ Véase Greene y Pole, 1984, pp. 1-17.

¹⁸ Véase Bailyn, 1988.

¹⁹ Para una evolución del atlantismo, véase Bailyn, 1996.

A pesar de lo dicho, sí que es cierto que hay evoluciones particulares y con relación a la realidad estadounidense de los 70 y 80. En primer lugar, la tradición republicana *neowhig* se consolidó como la explicación más aceptada, o al menos ineludible, en cuanto a los fundamentos ideológicos de la Revolución. También es cierto que han recibido valoraciones críticas desde otras posiciones puesto que de sus trabajos se derivan cuestiones tales como la uniformidad, el elitismo y la ausencia de conflicto social (Atienza, 1997, pp. 203-204). Bailyn habla, por ejemplo, de que la Revolución no es un conflicto social sino ideológico (Bailyn, 1973, pp. 11-23). En el punto anterior habíamos comentado cómo se podía ligar la historiografía del consenso con la *neowhig*; pues bien uno de los representantes del consenso Edmund S. Morgan acabó renovando sus posiciones de acuerdo a los trabajos del republicanismo aunque defendiendo posiciones conservadoras y de exaltación de los principios políticos anglosajones.²⁰ Por último, Gordon S. Wood en *The Radicalism of the American Revolution* (1992), obra cumbre del período que estudiamos y con respecto a los *neowhigs*, sigue siendo un relato centrado en las elites, en un pueblo homogéneo y en una transformación dentro de las ideas.²¹ Del mismo autor hay que destacar además su tono excepcionalista en su discurso sobre la democracia norteamericana.²²

En segundo lugar, se produce una fragmentación considerable dentro de aquellas historias procedentes del radicalismo. Algunas mantienen un tono claramente político. Un ejemplo es Howard Zinn, que no solo expone su trabajo desde el punto de vista de lo que él llama los oprimidos (Zinn, 1997, p.20) sino que está totalmente en contra de la idea del progreso, tan cara a la visión tradicional del pasado norteamericano (Zinn, 1997, pp. 24-25). Hay conflicto de clases dentro de la fase colonial (Zinn, 1997, p. 49) y la Revolución es interpretada como una forma de control social por parte de una elite para garantizar su independencia no sólo de Gran Bretaña sino como poder fáctico (Zinn, 1997, pp. 56-73). E interesante es su valoración sobre el Bicentenario (Zinn, 1997, pp. 500-501):

“1976 no fue sólo un año de elecciones presidenciales. Era el año de la esperada celebración bicentenaria, que habían pasado doscientos años desde la Declaración de Independencia. El gran esfuerzo que se dedicó a la celebración sugiere que se veía como una manera de restablecer el patriotismo americano. Con la invocación de símbolos históricos se pretendía unir al pueblo con el gobierno, dejando a un lado el ambiente de protesta del pasado reciente.

Pero no parece que hubiera demasiado entusiasmo por parte de la gente. Cuando se celebró el bicentenario del “Tea Party” de Boston, en cambio, sí se presentó una gran multitud pero no para la celebración oficial, sino para la celebración paralela del “Bicentenario Popular”, en el que fueron lanzados unos paquetes con la etiquetas de Gulf Oil y Exxon al puerto de Boston como símbolo de la oposición al poder corporativo de América”.

Lo que el autor sugiere no es sólo que los conflictos culturales no habían terminado sino que desde los tiempos revolucionarios, y es algo que recorre toda su obra, ha habido una tradición radical en Estados Unidos que ha luchado por una mayor libertad y frente a las elites políticas y económicas (a menudo confundidas). Por lo tanto, hasta el día de hoy sigue habiendo una manera de historiar desde el frente político y heredera de la Nueva Izquierda. Pero es una parte, otros historiadores pasaron del activismo (en declive en la segunda mitad de los 70) a otras orientaciones (Patterson, 2006, p. 112). Sobre todo focalizadas en las identidades grupales/culturales. Las causas son diversas, pero en general lo que existe es una disolución del relato del consenso. Con su fin se perdió en los discursos historiográficos el concepto de comunidad, lo que llevó al discurso del grupo (Hobsbawm, 1995, p. 427 y Patterson, 2006, p. 102). Un ejemplo de la popularización del relato identitario es *Roots* de Alex Haley (1976), que contaba una historia familiar desde los tiempos del esclavismo colonial y popularizada por la televisión (cit. en Patterson, pp. 33-35). Y como esta historia hay muchas y contextualizadas en el pasado: de afroamericanos, mujeres, nativos,

²⁰ Para un ejemplo dentro de la extensa obra del autor citado, véase Morgan, 2006 (la edición original en inglés es de 1988).

²¹ Véase Wood, 1993.

²² Sobre el surgimiento de la democracia en Norteamérica, véase Wood, 1995.

homosexuales... Y otra tendencia general fue que los historiadores, propiamente dichos, con su consolidación académica llevaron la historia social y cultural a un ámbito antipolítico. Una especie de discurso posmoderno, que se centra en microhistorias e investigaciones de los modos de vida pero sin ninguna ambición discursiva. Los grandes relatos de la izquierda se habían acabado (Roca, 2009, pp. 70-71).

El último punto a destacar de este período, del que ya hemos anunciado algo, es el retorno al conservadurismo durante los años 80.²³ El pasado, en concreto los tiempos fundacionales, son uno de los pilares discursivos de esta corriente. Con dos esferas diferenciadas. Por un lado, en el campo político, el conservadurismo reinterpreta la Revolución en una especie de génesis de lo que debe ser EE.UU., con unos pretendidos prejuicios antiestado de los Padres Fundadores (rescatan a Jefferson y sus ataques contra los proyectos de industrialización y federalismo de Hamilton) y la vuelta a los valores religiosos pregonados desde la fundación de Nueva Inglaterra (Roca, 2009, pp. 41-53). En sus discursos, Ronald Reagan rescata al excepcionalismo para hablar de “la ciudad sobre la colina” de los puritanos y de los valores de la tradición (Patterson, 2006, pp. 202-209). “Nada de extrañar, pues, que después de 1975, el impulso básico de los dirigentes políticos y militares de América (como tantos otros americanos) no fuera forjar una nueva relación con el mundo, sino reconstruir una perdida identidad triunfal” (Engelhardt, 1997, p. 33). El ascenso de la derecha cristiana tuvo mucho impacto en la elaboración de un discurso en el que el pasado tiene mucho peso. Estamos ante la teoría del Reconstruccionismo, los orígenes puros de la nación han de ser restaurados ante los males de la modernidad encarnados en los liberales ateos y relativistas culturales (Aranzadi, 2001, pp. 204, 262-295).

Por otro lado, el auge conservador se observa en la historiografía. Se percibe una tensión expresada por motivos varios (Estes, 2006, p. 107 y Ofnuf, 1989, pp. 341-344). Por ejemplo, la pugna entre historiadores académicos e historiadores populares por el monopolio del relato nacional; disputas sobre la politización de la disciplina como saber científico frente aquellos que acusan a los profesores universitarios de antipatrióticos y contar cosas que no interesan a nadie; división en el discurso con lamentos por la falta de discurso común incluidos y que comentan la pérdida de peso de los académicos dentro del público o también podría hablarse del retorno de la narratividad y de cómo las biografías cuasi noveladas de los Padres Fundadores tienen más predicamento que las sesudas investigaciones universitarias. En cualquier caso, estamos ante un panorama de disolución de los grandes relatos, de sensación de pérdida de unos objetivos claros para los historiadores y de una pugna política, pero ante todo cultural, por monopolizar el relato sobre el pasado de los Estados Unidos de América.

Conclusiones

Acabamos el apartado aproximadamente en 1989, dos años después, en 1991, se disolvía la Unión Soviética y la Guerra Fría podría darse por terminada, así como el discurso que estuvo presente en Norteamérica desde finales de los años 40. Mas las consecuencias siguen estando perfectamente vigentes.

En primer lugar el conservadurismo sigue gozando de excelente salud tanto en lo político como en la reflexión sobre el pasado. El excepcionalismo nunca ha dejado de estar de moda. Las tendencias historiográficas más académicas siguen su rumbo propio a partir de los paradigmas surgidos desde los 60.

En segundo lugar, a finales de los 80 los historiadores advertían una especie de crisis en su disciplina. Por un lado, es un aspecto más de las conocidas como “guerras culturales”, entre conservadores y liberales, de los 90 y primeros años del s. XXI. Por otro lado, la pérdida de un discurso homogéneo en el mundo historiográfico, sustituido por un paradigma pluralista que incluso habla de fragmentar el sujeto histórico (Atienza, 1997, pp. 185-186), ha sido lamentado por muchos, casi con nostalgia de lo fácil que era escribir Historia en los 50.

²³ Que no neoconservadurismo porque el discurso histórico de esta corriente no hace sino reciclar a viejos conocidos de la historia consensual.

En tercer lugar, todo este panorama lo que esconde en realidad es el sentimiento de pérdida de lo que es Estados Unidos como comunidad nacional, ligada a unos valores y símbolos compartidos. En definitiva ya no hay una respuesta única a qué es Estados Unidos.

Precisamente, ésta puede ser la principal conclusión de este trabajo. A lo largo de él lo que hemos visto son reflexiones, proyectadas hacia el pasado, sobre el significado de Estados Unidos y de ser estadounidense. Hemos hablado de la nación excepcional del consenso, la república virtuosa de los *neombigs*, de la nación en conflicto permanente y de la ausencia de una comunidad, dividida en grupos con sus propios intereses, identidades e historias, tal y como lo expresaron las “nuevas historias”. Todas estas interpretaciones sobre el pasado colonial y revolucionario, aunque extensible a otros períodos temporales, surgieron en un contexto determinado y contribuyeron al poder discursivo de la cultura. Por todo ello, puede entenderse la Guerra Fría como conflicto cultural en el que los procesos internos tienen tanta importancia, o más, que los acontecimientos internacionales. Prosperidad, ansiedad, protesta, derechos para las minorías y tradición son sólo algunos elementos que determinaron la evolución historiográfica y la visión sobre el pasado tanto como lo hicieron sobre otros campos como el político. Todos esos campos pertenecían a un mismo mundo, a la nación líder del “mundo libre”.

Por todo ello, lo que durante la Guerra Fría se dirimió no era únicamente la superioridad de EE.UU. sino el mismísimo ser de la nación y sobre quienes eran los protagonistas de su epopeya, si es que ésta existía y no era la coartada de unos pocos para dominar a unos muchos. La reflexión sobre el pasado adquirió así una gran relevancia. Fue un proceso de retroalimentación, la sociedad demandaba discursos sobre el pasado y los estudiosos de él cambiaban a medida que lo hacía la sociedad. Por supuesto, en el cambio de paradigmas, también tuvieron importancia muchos otros factores tales como la incorporación de trabajos europeos, la evolución de otras ciencias sociales o cambios generacionales. Pero lo que determinó la presencia pública de la Historia fue la demanda de cuestionarse el pasado, tanto desde el punto de vista académico como desde otros. Un esfuerzo que todavía continúa porque, en definitiva, la Historia nunca ha dejado de ser un proyecto social.

Bibliografía

- Antón-Pacheco, A.: *El teatro de los Estados Unidos. Historia y Crítica*, Madrid: Cangre, 2005.
- Appleby, J., Hunt, L. y Jacobs, M.: *La verdad sobre la historia*, Barcelona: Andrés Bello, 1998.
- Aranzadi, J.: *El escudo de Arquíloco. Sobre mesías, mártires y terroristas*, Vol. 2: El “Nuevo Israel” americano y la restauración de Sión, Madrid: A. Machado Libros, 2001.
- Arendt, H.: *Sobre la revolución*, Madrid: Alianza Editorial, 1988.
- Atienza, López, A.: “La producción historiográfica norteamericana sobre el período colonial en la última década”, en Alberola, Romá, A. (coord.): *Diez años de historiografía modernista*, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 1997, pp. 185-206.
- Bailyn, B.: “Political Experience and Enlightenment Ideas in Eighteenth-Century America” [en línea], *The American Historical Review*, vol. 67, no. 2 (En., 1962), pp. 339-351. Disponible en: <http://www.stmarycss.ca/parents/teachers/cecillon/per3/files/1349114717.pdf> [Consultado el 8/08/2014].
- Bailyn, B.: *Los orígenes ideológicos de la revolución norteamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
- Bailyn, B.: “The Central Themes of the American Revolution: An Interpretation” [en línea], en Kurtz, Stephen G. y Hutson, James H. (eds.): *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1973, pp. 11-23. Disponible en: http://studythepast.com/5397_fall12/materials/bailyn_centralthemes.pdf [Consultado el 20/07/2014].
- Bailyn, B.: *The peopling British North America. An Introduction*, New York: Vintage, 1988.

- Bailyn, B.: "The Idea of Atlantic History" [en línea], *Itinerario*, vol. 20, no. 1 (1996), pp. 19-44. Disponible en: http://www.estudiosatlanticos.com/documentos_mundo_atlantico_files/The_Idea_Atlantic_History.pdf [Consultado el 20/07/2014].
- Bender, T.: "Wholes and Parts: The Need for Synthesis in American History" [en línea], *The Journal of American History*, vol. 73, no. 1 (Jun., 1986), pp. 120-136. Disponible en: https://faculty.utep.edu/LinkClick.aspx?link=bender_synthesis.pdf&tabid=44717&mid=135607 [Consultado el 5/08/2014].
- Breen, T. H.: "Creative adaptations: peoples and cultures", en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 195-232.
- Chafe, W. H.: "American since 1945", en Foner, E. (ed.): *The New American History*, Philadelphia: Temple University Press, 1997, pp. 159-177.
- Chomsky, N.: *La Segunda Guerra Fría. Crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Barcelona: Crítica, 1984.
- Degler, C. N.: "Modern American Historiography", en Bentley, M. (ed.), *Companion to Historiography*, London: Routledge, 1997, pp. 709-727.
- Donaldson, G. A.: *Abundance and Anxiety. America, 1945-1960*, Westport: Praeger, 1997.
- Egnal M. y Ernst, J. A.: "An Economic Interpretation of the American Revolution" [en línea], *The William and Mary Quarterly*, vol. 29, no. 1 (En. 1972), pp. 3-32. Disponible en PDF: <http://vi.uh.edu/pages/buzzmat/egnal.pdf> [Consultado el 8(08/2014)].
- Engelhardt, T.: *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Buenos Aires: Paidós, 1997.
- Estes, T.: "Searching for Synthesis: The Fragmentation of Early American History and the Prospects for Reunification. A Review Essay" [en línea], *The Register of the Kentucky Historical Society*, vol. 104, no. 1 (Winter, 2006), pp. 95-126. Disponible en: http://www.oakland.edu/upload/docs/Department-of-History/faculty/Estes_Review.pdf [Consultado el 5/08/2014].
- Fontana, J.: *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Barcelona: Pasado & Presente, 2011.
- Greene, J. P. y Pole, J. R.: "Reconstructing British-American Colonial History: An Introduction" en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 1-17.
- Hall, D. D.: "Religion and Society: problems and reconsiderations", en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 317-344.
- Hartz, L.: *La tradición liberal en los Estados Unidos: una interpretación del pensamiento político estadounidense desde la Guerra de Independencia*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica: 1994.
- Henretta, J. A.: "Wealth and Social Structure", en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 262-289.
- Highman, J.: "Changing Paradigms: The Collapse of Consensus History" [en línea], vol. 76, no. 2 (Sep., 1989), pp. 460-466. Disponible en: http://tucnak.fsv.cuni.cz/~calda/Higham_Paradigms_ConsensusHistory.pdf [Consultado el 5/08/2014].
- Hobsbawm, E. H.: *Historia del Siglo XX*, Barcelona: Crítica, 1995.
- Judt, T.: *Sobre el olvidado siglo XX*, Madrid: Taurus, 2008.

EL NACIMIENTO DEL “MUNDO LIBRE”: LA INTERPRETACIÓN HISTORIOGRÁFICA SOBRE
LOS ORÍGENES DE ESTADOS UNIDOS DURANTE LA GUERRA FRÍA

- Kerber, L. K.: “The revolutionary generation: ideology, politics and culture in the Early Republic”, en Foner, E. (ed.): *The New American History*, Philadelphia: Temple University Press, 1997, pp. 31-59.
- Kerber, L. K.: “La participación de las mujeres en la Revolución estadounidense”, en Fauré, C. (dir.): *Enciclopedia histórica y política de las mujeres. Europa y América*, Madrid: Akal, 2010, pp. 114-131.
- Kessler-Harris, A.: “Social History”, en Foner, E. (ed.): *The New American History*, Philadelphia: Temple University Press, 1997, pp. 231-255.
- Levine, L. W.: “The Unpredictable Past: Reflections on Recent American Historiography” [en línea], *The American Historical Review*, vol. 94, no. 3 (Jun., 1989), pp. 671-679. Disponible en: <http://m-berry.com/AP%20US%20History/Levine.pdf> [Consultado el 6/08/2014].
- Lutz, D. S.: “Bernard Bailyn, Gordon S. Wood and Whig Political Theory” [en línea], *The Political Science Reviewer*, no. 7 (Fall, 1977), pp. 111-144. Disponible en: http://www.mmisi.org/pr/07_01/lutz.pdf [Consultado el 20/07/2014].
- Miller, A. *Las brujas de Salem y El Crisol*, Barcelona: Tusquets Editores, 1997.
- Morgan, E. S.: *La invención del pueblo. El surgimiento de la soberanía popular en Inglaterra y Estados Unidos*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2006.
- Murrin, J. M.: “Political development” en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 408-456.
- Nash, G. B.: “Social development”, en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 233-261.
- Onuf, P. S.: “Reflections on the Founding: Constitutional Historiography in Bicentennial Perspective”, *The William and Mary Quarterly*, vol. 46, no. 2 (Abr., 1989), pp. 341-375. Disponible en: <http://personal.tcu.edu/gsmith/GraduateCourse/Colonial%20PDF%20Articles/PeterOnuf.pdf> [Consultado el 9/08/2014].
- Palomares Lerma, G.: *Política y Gobierno en los Estados Unidos (1945-1999). Historia y doctrina de un espíritu político*. Valencia: Tirant lo Blanc, 1999.
- Patterson, J. T.: *La lucha contra la pobreza en los EE.UU. de América, 1900-1985*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1993.
- Patterson, J. T.: “Americans and the Writing of Twentieth-Century United States History”, en Wood, G. S. y Molho, A. (eds.), *Imagined histories: American historians interpret the past*, Princeton: Princeton University Press, 1998, pp. 185-205.
- Patterson, J. T.: *El gigante inquieto. Estados Unidos de Nixon a G. W. Bush*, Barcelona: Crítica, 2006.
- Pereira, J. C.: *Historia y Presente de la Guerra Fría*, Madrid: Istmo, 1989.
- Potter, J.: “Demographic development and family structure”, en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 123-156.
- Purcell, F.: “La Revolución Norteamericana y las tensiones interpretativas en su historiografía reciente” [en línea], *HIB: Revista de Historia Iberoamericana*, vol. 1, no. 1 (2008), pp. 54-69. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3620927> [Consultado el 18/07/2014].
- Roca, J. M.: *La Reacción Conservadora: los `neocons´ y el capitalismo salvaje*, Madrid: La Linterna Sorda, 2009.
- Rodgers, D. T.: “Exceptionalism”, en Wood, G. S. y Molho, A. (eds.), *Imagined histories: American historians interpret the past*, Princeton: Princeton University Press, 1998, pp. 21-40.

- Rorabaugh, W. J.: *Kennedy y el sueño de los sesenta*, Barcelona: Paidós, 2005.
- Ross, D.: “The New and Newer Histories: Social Theory and Historiography in an American Key”, en Wood, G. S. y Molho, A. (eds.), *Imagined histories: American historians interpret the past*, Princeton: Princeton University Press, 1998, pp. 85-106.
- Shalpole, R. E.: “Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography” [en línea], *The William and Mary Quarterly*, vol. 29, no. 1 (En., 1972), pp. 49-80. Disponible en: http://www.littlejohnexplorers.com/republicanism/shalhope_1.pdf [Consultado el 9/08/2014].
- Sheridan, R. B.: “The domestic economy”, en Greene, J. P. y Pole, J. R. (eds.): *Colonial British America. Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore/London: John Hopkins University Press, 1984, pp. 43-85.
- Souroujon, G.: “Arendt y las lecturas republicanas de la Revolución Norteamericana” [en línea], *Fragmentos de filosofía*, no. 9 (2011), pp. 13-30. Disponible en: http://institucional.us.es/revistas/f_ragmentos/9/art_2.pdf [Consultado el 29/07/2014].
- Students for a Democratic Society: “The Port Huron Statement” [en línea], *The Students for a Democratic Society* (dists.), 1962. Disponible en: <http://www.h-net.org/~hst306/documents/huron.html> [Consultado el 10/08/2014].
- Tyrrell, I.: “American Exceptionalism in an Age of International History” [en línea], *The American Historical Review*, vol. 96, no. 4 (Oct., 1991), pp. 1031-155. Disponible en PDF: <http://his693sola.clevelandhistory.org/files/2013/01/TyrrellExceptionalism.pdf> [Consultado el 9/08/2014].
- Wallach, Scott, J.: “AHR Forum. History in Crisis? The Others` Side of the Story” [en línea], *The American Historical Review*, vol. 94, no. 3 (Jun., 1989), pp. 680-692. Disponible en: <https://blogs.stockton.edu/hist4690/files/2012/06/Joan-Scott-Crisis-in-History.pdf> [Consultado el 9/08/2014].
- Wood, G. S.: “Rethoric and Reality in the American Revolution” [en línea], *The William and Mary Quarterly*, vol. 23, no. 1 (En., 1966), pp. 3-32. Disponible en: https://docs.google.com/file/d/0B-5-JeCa2Z7hOGU0NDFhMWYtODViNi00NDAwLTljZTAzMmQzZmU4NzVhNWJi/edit?hl=en_US&pli=1 [Consultado el 6/08/2014].
- Wood, G. S.: *The Radicalism of the American Revolution*, New York: Random House, 1993.
- Wood, G. S.: “La democracia y la Revolución norteamericana”, en Dunn, J. (dir.): *Democracia: el viaje inacabado (509 a. C.-1993 d. C.)*, Barcelona: Tusquets Editores, 1995, pp. 104-119.
- Wood, G. S.: “The Relevance and Irrelevance of American Colonial History”, en Wood, G. S. y Molho, A. (eds.), *Imagined histories: American historians interpret the past*, Princeton: Princeton University Press, 1998, pp. 144-163.
- Wright, Mills, C. “Letter to the New Left” [en línea], *New Left Review*, no. 5 (Sept-Oct., 1960). Disponible online: <https://www.marxists.org/subject/humanism/mills-c-wright/letter-new-left.htm> [Consultado el 9/08/2014].
- Zinn, H.: *La otra Historia de los Estados Unidos. Desde 1492 hasta hoy*. Hondarribia: Argilatxe HIRU, 1997.